



Revista de
 ESTUDIOS PSICOLÓGICOS
 Órgano del
 "CENTRO PLATÓN"
 Publicación mensual



Jde Sullia
 1927

AÑO NUEVO

En el interminable voltear del tiempo hemos podido presenciar la última rotación, el postrer suspiro de un año que se fué llevándose algo nuestro tan íntimo, tan soldado a nuestra carne, que parece tira de ella hasta desgarrarla; algo que a nuestra voluntad entorpece, haciendo que el espíritu vuelva la vista atrás para contemplar lo que amó, lo que sufrió, cuanto trabajó, temeroso de perder para siempre aquel bien que le sostuviera.

Es el año que se fué para unos triste recuerdo de lamentables equivocaciones; severo fiscal que acusa sus yerros; silueta de rencores que sólo produjeron estragos; reflejo de egoísmos estériles; martilleo de una conciencia poco satisfecha; zozobra de perdida joya que nunca se ha de recobrar, y, como consecuencia, húmedo paño guardador de lágrimas amargas que la desesperación, el dolor o el arrepentimiento en él depositaron. Es para otros grato consuelo del deber cumplido; aurora de más radiantes días, reflectores de nobleza y virtud; alza de valores espirituales en un bien aprovechado tiempo; conducta ejemplar, amparadora de los desmayos cuando en el presente se sienta desfallecer; es, en fin, vigorosa energía, que encierra la potencialidad necesaria para mirar de frente, con actitud serena, los nuevos escollos, trabas y contratiempos que en el año nuevo tiene que atravesar.

¡Dichoso aquel que, al asomarse al mirador de su pasado, contempla sereno y tranquilo la estela de lo que fué su vida, el resplandor de su pensar y su sentir, sin mancha tenebrosa de perpetrado crimen; sin sombra de falsía, sin oscuros repliegues de maldad! Y mil veces más dichoso si contemplando tal desventura en un hermano suyo sabe tender sus manos para arrancarle de la desesperación, calmando sus tormentos con una sola gota del bálsamo regenerador de la esperanza en un Dios grande, bueno y misericordioso, que sin sanciones injustas perdona y redime al que contrito implora redención.

El año nuevo viene a nosotros como un libro immaculado que ha de encerrar las ideas grandes o mezquinas, los pensamientos nobles o ruines, los actos en todos los matices de bondad hasta el heroísmo o en toda su escala de perversidad hasta el crimen. Cada día es una nueva página donde queda grabado todo lo que enaltece, todo lo que mancilla.

Hoy, pues, que se celebra la apertura de este gran libro, que nos acusa o defiende, imploremos del Sublime Poder santifique nuestras manos antes de abrirlo, purifique nuestras ideas, para que sólo estampemos concepciones bellas, que más tarde puedan recrear nuestra mirada espiritual, y que conforte y anime nuestro corazón siempre en el bien, produciendo sólo los actos dignos de figurar en el haber de los justos.

Al encabezar el primer capítulo sea quien lo haga una idea sublime y luminosa; un propósito tenaz de realizar algo extraordinario que resplandece y dignifique cuanto su irradiación alcance; una palabra solemnemente empeñada, cuyo recuerdo sea freno en las tentaciones, acicate en el trabajo y consuelo en el dolor. Que el matutino crepúsculo nos sorprenda siempre pensando en la nueva página que hemos de imprimir; que la oración fortifique nuestro decaído espíritu, para marchar con paso seguro y fuerte voluntad, salvando los obstáculos y penalidades, y que al extender sus crepones el crepúsculo de la tarde, sea la confesión de nuestra conciencia balance provechoso que nos empuje hacia arriba, aminorando la distancia del próximo escalón que habremos de alcanzar.

Vayamos con cuidado para no emborronar tan valioso documento, del que guardamos copia exacta en el archivo de nuestro interior; que el raspar o velar estos horrones suele costar muy caro, y tal vez al no disponer de capital suficiente, tuviéramos que hipotecar nuestra tranquilidad por tiempo incalculable, empleando nuestros valores en liquidar atrasos en vez de invertirlos

en alcanzar la dicha de nuestro porvenir.

Y así, día tras día, página tras página, poniendo nuestro empeño como ángel tutelar, guardador de la pureza, decoro y perfección de sus imágenes, al terminar el año podamos clausurar su contenido con el broche de íntima satisfacción, guardándolo como joya inapreciable; como tanto por ciento de los talentos que Dios nos entregó, y no como lastre mugriento y maloliente, cuyo pesado y sucio contenido nos retenga pegados a la tierra, sufriendo por tiempo indefinido sus amargos penares, sin poder aspirar a esas ansias sublimes con que gozan las almas que se elevan a las regiones de la idealidad.

Que nuestra religión, sea cualesquiera la que fuere, que todas son buenas cuando la pureza las envuelve, se convierta en el *Sancta-Sanctorum*, refugio y sacra cámara donde al alma se cobije cual si se recostara en el seno de Dios

para expiar sus crímenes, para llorar sus fallas, para ofrendar sus virtudes, con la promesa inquebrantable de avalar su condición; de transformarse el malo en bueno; el bueno en mejor, y el virtuoso anhelando alcanzar ese don de heroica grandeza que consigue el que se ofrece en sacrificio por los demás.

Si así nos proponemos el año que empieza, llegará a ser árbol frondosísimo, portador de valioso fruto, que colmará la balanza de nuestros juicios, para que el Soberano Hacedor, contento de nuestro trabajo y la conciencia satisfecha de una actuación digna y meritoria, nos concedan el anhelado paso a un mundo donde no haya lágrimas que abrasen, ni llagas que consuman, ni injusticias que desorienten.

UNA HERMANA

Madrid, 1.º de enero de 1927.

AL AÑO 1927

A SU ARRIBO

¿Quién eres tú, que del abismo subes,
enmascarado cual siniestra noche?
¿Qué nos oculta ese antifaz sombrío?
Ese sombrío dominó, ¿qué esconde?
¿Vas a sacar de entre sus negros pliegues
mano enguantada que me brinde flores,
o que me parta con puñal fulmineo
el sorprendido corazón de un golpe?

—
¡Ah! Bien sé yo que los nacientes Años,
al arribar a la mansión del hombre,
son amenazas para aquel que es viejo
y son promesas para aquel que es joven.
Por eso temo... ¿Qué es temer? ¡Mentira!
Quien vivió siempre cultivando amores
puede mirar al porvenir arcano
sin que su sombra ni su luz le importen.

—
Ven cuando quieras, con furor o halagos;
que el que fué siempre compasivo y noble
es como el justo que en sus áureos versos
nos pinta Horacio dominando el Orbe.

¡Sembrad el bien por do vayáis, amigos;
y si ese bien es contra ciertos dioses,
cuando pretendan desplomar el cielo
ved con desdén el celestial desplome!

—
Hay verdades que hieren intereses
o que van contra vicios y pasiones:
decidlas sin temor, hermanos míos,
y alumbrad nuestros negros horizontes.
¡Que despierte el terrícola dormido,
ante el alba que asoma por los bordes
del profundo pasado, y sed la aurora
que anunciara Kardec, de Dios en nombre!

—
Año que empiezas a regir las vidas:
hoy mis horas son copas de esplendores;
dime si vienes a escanciar en ellas
néctar o absintio, sufrimiento o goce.
Si eres arcángel del Señor, que justo
a ejecutar sus voluntades corres,
yo doblaré con sumisión mi cuello
ante la espada que quizá me inmole.

¿Qué es lo que puedes contra mí? ¿Matarme?
¿Y qué es morir para el que está en prisiones?
¡Romper cadenas estallando en alas
y ascender a universos superiores!
Tiende mi ser en el funesto lecho
donde quedamos para siempre inmóviles;

trague mi cuerpo la tremenda sima
que los imperios y los mundos sorbe...
¡mientras mi carne entre negruras duerma,
navegará mi espíritu entre soles!

SALVADOR SELLÉS.

NUESTROS POETAS

“De ángel tengo la ilusión;
pero mi miseria es de hombre.”

Con estos dos versos termina su hermosa composición “Fragilidad de la vida humana” el Padre Juan Arolas, uno de los más preclaros cultivadores de nuestra poesía romántica en el siglo XIX. Cultivó a la par la poesía orientalista, la caballeresca y la religiosa, y de las tres nos dejó preciadas muestras difíciles de imitar, tanto por la belleza de la forma, como por la elevación del pensamiento que encierran.

En la composición que citamos, después de describir en magníficos y sentidos versos lo deleznable de la vida terrena, termina con un inspirado canto a la patria ausente, a la patria del espíritu, donde el suyo habrá visto sin duda calmados sus anhelos de perfección y de grandeza. Si cuando moraba aquí, los aleteos de su genio le remontaban a tan grandes alturas, libre ya de su miseria, como él decía, debe volar tan alto, que a nosotros sólo el pensarlo nos daría vértigos.

El canto final, único que transcribimos, dice así:

Más allá de tumba fría,
más allá del triste osario
existes, ¡oh, patria mía!,
do no hay muertos, ni sudarios,
ni mortajas, ni agonía.

Que yo soy ángel sin alas,
desterrado de tus climas
y caído de tus salas,
y pusieronme por galas
el polvo de aquestas simas.

Más mi origen me revela,
mientras todo me avasalla,
mi mente que se desvela
por salir de esta muralla
donde nada me consuela.

Y por eso amo la luna
y adoro la luz del sol,
que allí tengo mi fortuna
y en el alba y su arrebol
quisiera poner mi cuna.

Que es el mundo muy estrecho,
y sus dichas ilusorias,
para que mi osado pecho
bien pagado y satisfecho
pueda respirar sus glorias.

Y por eso amo la lira
y cánticos de Sión;
porque el cielo los inspira,
y recuerdos suyos son
para el hombre que suspira.

Allí brilla sin cesar
la luz que no tiene ocaso,
y el placer va sin pensar
y la gloria sin fracaso
y empieza sin acabar.

No hay recelo ni temor,
ni sobresalto ni duda;
porque allí todo es amor,
tan subido en su valor,
que ni acaba ni se muda.

¿Quién pudiera, patria hermosa,
volar a tu claro seno,
cual perfume de una rosa,
dejando el dolor y el cieno
de esta cárcel enojosa?

¿Quién fuera nube de grana
que rocíos atesora,
y de oriente en la ventana
te viese llorar, aurora,
las perlas de la mañana?

¿Quién fuera como un suspiro
de un niño que no pecó
y que sube en leve giro
a los tronos de zafiro
do el Eterno se sentó?

¿Quién fuera voz inocente
de un mártir en la tortura,
lágrima de un penitente
que ha regado reverente
la cruz de una sepultura?

Más, ¡ah!, cuán guardados son
tus placeres, que no han nombre,
¡patria de mi corazón!...
De ángel tengo la ilusión;
pero mi miseria es de hombre.

Espíritu de Arolas, que desde lejos
contemplantas nuestra Tierra como un
grano de polvo en la inmensidad, tú
que nos llevas mucha delantera en el
camino, sírvenos de potente faro que
ilumine nuestros pasos en la marcha
hacia ese ideal, hacia esa ilusión de
ángel que tan bellamente cantabas en
tus divinos versos, porque también
nuestra miseria, mucho más densa que
la que tú tenías, apenas nos deja en-
trevrar las grandezas de la patria ausen-
te, de la patria del espíritu por la que
tú suspirabas.

STOP

Influencia de nuestros actos en nuestro destino

Los actos que realizamos son los que van labrando paulatinamente nuestro porvenir, nuestro destino. Somos nosotros mismos los que atraemos sobre nuestras vidas la felicidad o la desgracia; el placer y el dolor no son más que consecuencias de nuestros actos, que son las causas, y por eso se dice que el placer y el dolor son los Maestros de la Humanidad, que camina trabajosamente por el sendero de la evolución en pos del ideal, que es su perfeccionamiento por los conocimientos adquiridos.

Nuestro ideal, el ideal humano, es el conocimiento y no el placer, como algunos equivocadamente creen. Pero el placer y el dolor, al pasar ante nosotros, dejan impresas en nuestro peri-espíritu sus huellas indelebles y van formando nuestro carácter. De ambos aprendemos. los dos contribuyen a nuestro progreso, y seguramente si hacemos un examen de lo que a uno y a otro debemos, es posible que concluyamos afirmando que el dolor ha sido nuestro mejor maestro, pues cada una de sus amargas y provechosas enseñanzas vive intensamente en nosotros, y al considerarlas a distancia en los momentos de soledad y de silencio, comprendemos que son lecciones que nos eran indispensables para continuar hollando con pie firme la senda del vivir.

Cual la chispa del pedernal a los golpes del acero, así brota de nosotros el conocimiento a los golpes de las influencias externas, que

nuestras mismas acciones provocaron; y así vamos ensanchando el campo de nuestro conocer, y así nos vamos formando, cual flor que se deshoja y cede al viento sus perfumes y sus pétalos, a la par que crece en su seno la semilla que más tarde dará vida a otras plantas y otras flores; y así vamos aprendiendo que la vida toda es acción, que esta acción nos eleva, nos condena y nos redime; que no hay un solo hecho que no encuentre medio donde desenvolverse y no produzca cosecha abundante de enseñanzas, que nos empujan siempre adelante hacia la meta de nuestros constantes anhelos, hacia la conquista del Bien, la Verdad y la Belleza.

No os forméis la idea de que nunca llegaremos a la meta, porque, sobre no ser exacto, esta idea sólo servirá para fomentar vuestro desaliento y deteneros hasta sabe cuándo en el camino. A la meta llegamos siempre, y llegamos muchas veces; pero es que cuando llegamos a una divisamos otra, cuya vista enciende en nuestros pechos el ansia de subir más, y cada trayecto va siendo más agradable y cada llegada más fructífera y más hermosa.

¿Y dónde está la clave, la norma, para que nuestros actos nos lleven sin retrasos, sin estancamientos, por esas rutas gloriosas del progreso?

Aunque todos como yo la conocéis, porque esa clave vive en todos nosotros; aunque desde el fondo de nuestra conciencia una voz nos

la repite a cada instante, voy a contestar la pregunta, pues, aunque nada voy a enseñaros, nada perderé tampoco con repetírmela a mí mismo.

Amar, amar siempre. El amor es la llave del Cielo y la Tierra. Amar intensamente,

amarlo todo, poniendo en ello todas las energías de nuestro espíritu; amar a Dios sobre todas las cosas, al prójimo como a nosotros mismos.

MAX

CUENTOS ESPIRITISTAS

Lector amigo y hermano: Nuestro redactor-jefe solicita demos, con la variación, algo de amenidad a la Revista y, por lo tanto, yo, atento a sus deseos, he formado el propósito, durante el presente año, de transformar mi modesta colaboración.

Deseo sólo distraerte enseñándote lo poco que yo sepa, sin abrigar la pedantería de considerarme capaz de enseñar; pero como tengo la misión de emborronar cuartillas para PLUS-ULTRA, de algo he de tratar en ellas.

Pienso, pues, contarte un cuento en cada número.

Sé que muchos, al menos, no te han de parecer tales. Tienen sabor de realidad. Si quieres los llamaremos, particularmente entre tú y yo, trozos de existencias, jirones de vidas.

Todos ellos tendrán dos fases, dos épocas, dos períodos.

Unos empezaremos a divisarlos sobre la Tierra; su trama ha de desarrollarse en el *escenario* del planeta en que vivimos y, más tarde, su desenlace tendrá lugar *allá* en el espacio, donde el espíritu liberto resuelve sus dudas y hace arqueo de sus fondos espirituales. Por el contrario, otros comenzarán *allí* donde las pruebas son elegidas y las *sanciones impuestas*, y, tras un entreacto largo, silencioso y sin luz, aquí, sobre el tablado inseguro de este mundo, en un rincón donde encontrar la decoración apropiada, presenciaremos el segundo acto, en el que se narrarán, siquiera, los preludios de una nueva existencia que, en sus primeras estrofas, nos hablará de la Justicia del PADRE.

Esta es mi intención. Veremos si acierto.

Como nada grande has de esperar de mi despuntada pluma, se, cual fuiste siempre conmigo, indulgente.

No olvides que lo denomino cuentos, y éstos, cuando son malos o pesados, convidan al sueño. Para este menester pueden servirte, al menos, y entonces, ya dormido, con tu maravillosa fantasía, sueña tú y suple lo que yo no tuve facilidad para expresar o no puse en ellos.

El despertar en el espacio

Juan de Dios era huraño; nadie le conoció jamás un amigo, un camarada.

En la misma imprenta, donde, en calidad de cajista, ganaba su jornal, sólo empleaba las palabras indispensables para poder desenvolverse dentro de su cometido.

Al principio, sus compañeros trataron por todos los medios de sacarle de este constante mutismo, pero convencidos de que era inútil, terminaron por dejarle, considerándole como un hombre excéntrico o un melancólico enfermo mental.

Nació una noche, quizá, sin fecha para él. *Oficialmente*, su vida partió del momento en fué abandonado por una *sombra* que olvidó estampar un beso de despedida en sus mejillas, lo mismo que dejar consignado, en hipócrita papel, el nombre de su madre, al menos.

La caridad oficial lo trasplantó, más tarde, al Hospicio, donde recibiría la dádiva de la enseñanza de un oficio con el que atender, en el mañana triste, su vida huérfana por la cobardía de sus progenitores ante los estúpidos prejuicios sociales.

Nadie vertió en sus oídos vírgenes susurros de amor. Jamás sobre su lacerado corazón, una mano piadosa, puso el bálsamo consolador de

la esperanza. Ningún hermano endulzó su soledad haciéndole saber que era hijo de Dios.

Así, entre indiferencias, amargas como hielos, *creció* su alma sin fuerzas espirituales para sufrir la dura prueba, para llevar su pesada cruz...

No tenía más afición que emprender largas caminatas por sitios solitarios. Algo intuitivo, más de una vez, le impulsó a acudir a los paseos concurridos; pero los corrillos o grupos que formaban los niños jugando, haciendo afluir a sus ojos lágrimas de envidia que resbalaban, lentas, hasta llegar a sus labios para beberlas, sabiéndole a odio, le apartaban de allí, malhumorado, y en lugar de pensar que así empieza a formarse el cariño entre los hombres, sólo ansiaba aislarse más y más de sus semejantes. Si presenciaba el dulce coloquio de dos almas enamoradas, jamás imaginó que si conseguía despertar un sincero amor en su corazón, invadiéndole por completo, pudiera limpiarle de rencor y tedio; odiaba también, y envidiando a la par al afortunado mancebo, le faltaba voluntad para regenerarse, imitándole.

Así arrastraba su vida, solo y cabizbajo, ajeno a los hombres y al mundo, pues ni en sus paseos admiraba la Naturaleza. Siempre dentro de sí, fomentando su aversión hacia todo, atesorando iras para volcarlas sobre sí mismo, ignorando por qué y sin sospechar que laboraba, poco a poco, su desdicha.

Las penas del prójimo, si llegaban a él por algo contrario a su deseo, no le causaban sensación, las creía naturales, atento a su manera de ser; las alegrías de los demás le endemoniaban y le producían algo entre tristeza y rabia.

Su oscura vida, sin una sonrisa, sin saborear jamás una ternura, sin refugiarse en un afecto, le fué aniquilando paulatinamente. Los protagonistas de sus sueños eran a diario monstruos terribles que le atormentaban, feroces, interrumpiendo su descanso con pesadillas crueles que llegaron a trastornar su corazón.

Vivía solo, en una habitación que le cediera un compañero soltero, que regresaba a altas horas de la noche, dando traspiés desde la bodega de enfrente, donde pasaba las horas que su trabajo le dejaba libres. Comía solo también, en el más apartado rincón de una taberna de las afueras, cuya parroquia la componían gente trabajadora, que, de paso para su labor, trataba de restaurar las fuerzas para seguir la marcha, con un vaso de vino. La escogió

adrede para aislarse también. El tabernero, a espaldas suyas, le llamaba "Don Silencio".

Enflaquecía por momentos. Su espíritu abúlico, ahogándose dentro de aquella materia, la destruía rápidamente, ansiando volar, aun sin tener conciencia de aquel deseo.

Hubo, sin embargo, en su vida un hecho que le sacó de su cotidiana forma de actuar.

Una tarde, iniciando su paseo a las afueras, pasó junto a él un coche fúnebre. Modestísimo féretro encerraba los restos materiales de un sér. Nadie acompañaba el entierro. Fijó su vista en este detalle y sus ojos buscaron con ansia para cerciorarse de que en el mundo pudiera haber otro hombre como él, otro que pasara por la vida *solo* también.

Hubiera querido conocerle antes para saber su manera de pensar y sentir. Invadiéndole deseos de verle, siguió tras él, poco a poco. A ratos tuvo casi que correr para no perderlo, pues el cochero, no teniendo que amoldarse al paso del cortejo, aliviaba la marcha para *terminar* cuanto antes.

Llegó al cementerio. Iba a prudente distancia porque aún, soberbio, sentía reparos de que alguien... (¿quién?) pudiera ver que claudicaba.

Al cargar con el féretro los sepultureros, recibieron del cochero una llave y un papel.

—Toma—dijo a uno—, quédate con la llave; es la propina que puede darte el muerto; viénelo solo...

Juan de Dios, al oír esto, sintió algo interior que ponía frío de emoción en su médula y fuego de vergüenza en su rostro y, sin poder reprimirse ni evitarlo, exclamó:

—No viene solo; vengo yo acompañándole.

—No será *usted* de la familia, porque la llave...—agregó intencionadamente el cochero.

—Soy sólo un amigo suyo...

Presenció los lúgubres preliminares de la inhumación; recibió la impresión de que cada palada de tierra añadía sobre aquel sér un puñado más de olvido, y tomando con su mano un poco de ella, la vertió lentamente, calladamente, religiosamente, sobre el montón general de indiferencia, deseando trocarla en semilla de amor y recuerdo que germinara después para dar piadosa sombra a la tumba solitaria de aquel otro sér sin afectos.

Sintió que furtivas lágrimas, pugnando por brotar, nublaban su vista y se retiró, despacio, hacia su casa.

Completo abúlico, pronto el contacto con la ciudad influenciándole con su frialdad, borró de su mente aquellos instantes de comunión

fraternal. Al día siguiente, lo había olvidado; la única fase de amor de su vida pasó al lugar que ocupan las cosas sin importancia.

Trascurrió algún tiempo. Ni el bastante para terminar una prueba dignamente y sobrado para testimoniar lo estéril de una encarnación.

Una noche llegó a su alcoba malo, con tanto frío en el cuerpo como a diario sentía en su alma...

Se acostó como pudo, se arrebujó en la ropa pidiéndola lo que no podía darle ya: cobijo y calor. Pareció dormirse y... no despertó más.

Murió como había vivido: solito, anónimamente, sin quejarse a nadie, ni buscar consuelo para su postrer angustia.

Un hondo suspiro, al desencarnar, salió de su pecho.

Quizá su espíritu, satisfecho al sentirse sin trabas, al verse libre de la prisión de la materia.

* * *

Empezó a darse cuenta de que tornaba a la realidad, pero sin precisión de nada. Un ruido enorme, aunque lejano, como de cien truenos, llegó a sus oídos, dándole la sensación que despertaba, asustado por él.

Poco a poco, el ruido se fué haciendo más intenso y próximo; llegó a ser ensordecedor. Le *despabiló* por completo, acobardándole, llenándole de pavor.

Era el continuo rodar de los mundos. El eterno trabajo de la creación infinita. La elaboración del progreso en la divina fábrica. La ocupación del laboratorio invisible.

¡Perfecta maquinaria, cuyos ingastables engranajes sólo se engrasan con el óleo santo del amor y la fraternidad!

Ese ruido que atonta, que amilana, sólo lo perciben los espíritus inactivos. Es la censura al gandul, el acicate para el vago o perezoso.

Tan pronto como el espíritu ocioso se rehace y toma parte en la obra del Creador, y, cooperando con su óbolo, labora para sí y para sus hermanos, el ruido cesa y se trueca en un bienestar que le satura de gozo.

Es el premio que recibe por su trabajo, la compensación del esfuerzo propio, convertido en alimento espiritual, divino *maná* con que se nutren las almas en el espacio.

Se dió cuenta de que estaba en su cama, pero vestido. Desorientado, empezó a preguntarse. Recordaba haberse desnudado la *noche antes*. Se *tiró de la cama y salió a la calle*. No veía las casas, ni el sitio por donde pasaba;

tropezó con gente desconocida que iba y venía, como ocupada en algo serio.

Trató de preguntarles, pero nadie le hacía caso; continuaban su marcha.

Confuso y molesto, aporreó a algunos fuertemente, con el fin de llamar su atención. Los golpes que prodigaba a éstos daban en el vacío. Aquellos seres parecían de humo.

Creyó estar soñando. Pero al darse cuenta que *andaba* y *sentía* fatiga, desechó esta idea... ¿Se habría vuelto loco? El no contestarle la *gente*, la población extraña, ¿sería fruto de su desvarío? Sufrió enormemente.

Sumido en un mar de confusiones, asustado, gritó con todas sus fuerzas.

Nadie se dió cuenta. Corría de un lado a otro pidiendo auxilio. Se paraba frente a algunos, que continuaban su camino sin que su presencia fuese un obstáculo. Parecióle que pasaban a través de él mismo sin sentirlos.

—¿Qué es esto? ¿Dónde estoy? ¿Por qué no me atienden? ¿Qué me ocurre?—exclamó en el paroxismo de la desesperación.

—Si no tienes amigos, ni afectos, ni familia, ¿quién ha de conocerte? Aquí eres forastero; busca a los tuyos—contestó una voz invisible.

Acobardado, avergonzado, corrió mucho, huyendo de los seres mudos e impasibles, abandonando, dejando atrás la ciudad maldita. Una nube de polvo que abrasaba como el *Simoín* del desierto, le ahogaba y nublaba su vista.

—Nadie te amparará; busca quien te conozco—repetía la voz invisible.

Y corría, corría sin descanso, huyendo de la voz, que cada vez sonaba más.

Angustiado, extenuado, roto, rodó al borde del camino sin fin. Entonces se dió cuenta que la voz parecía salir de él mismo.

Era su propia conciencia que empezaba a actuar para juzgarle, y le decía:

—Estás en el camino de la duda; sólo tiene una estación de término: la Fe. Si no creaste en la tierra afectos, cariño, nadie te auxiliará. Caminarás desesperado siempre.

Lloró amargamente. Pareció que se asfixiaba. Un calor sofocante le cortaba la respiración: la ausencia de amor en su periespíritu. Sintió *morirse*.

—¿Quién podrá ampararme? No puedo más—repetía.

—El que todo lo puede. Acude a El—apuntó la voz interior.

—¡Dios mío, perdón, misericordia!—susurró.

Una brisa fresca y confortadora contestó estas mágicas palabras.

Lleno de esperanza alzó su vista, que contempló, gozosa, el cambio operado. La niebla ardiente había desaparecido, la atmósfera era diáfana y azul; el ambiente lo saturaba el místico olor de las flores de mil primaveras. A lo lejos del camino divisó un sér que avanzaba. Quiso incorporarse y no pudo. El que llegaba venía sonriente y le tendía los brazos.

Lloró de alegría.

—¿Quién eres?—preguntó cuando estuvo próximo.

—¿No me recuerdas?

Rápidamente llegó a su mente la visión de todo, y vió ante sí aquel hermano que un día acompañó a enterrar...

—¿Dónde estoy?... ¿Los muertos viven?

—Igual que tú..., que has muerto también. Por aquella acción yo tengo precisamente la misión de recibirte ahora y pagarte el acto de amor que sintió tu alma por mí.

—Pero fué sólo un instante. No lo recordaba ya... ¿Es posible?

—La justicia del Padre, todo amor, no olvida nada. Si durante tu vida en la tierra hubieras creado afectos y sembrado cariño, ahora todos esos seres, a los que te uniría un lazo espiritual, hubieran salido a tu encuentro, cual coro de *ángeles*, para aliviarte en los primeros pasos, siempre dolorosos. Sólo te conozco yo, por el momento.

—Esto es una pesadilla—exclamó, dudando aún de la realidad—. ¿Cómo hablo, cómo veo, por qué siento? Por caridad, háblame. ¿Qué soy yo, pues, quién eres tú, que te vi muerto? ¡Estoy loco!...

—No; tú y yo somos lo mismo, y aquellos que no te contestaban ni te veían, también. To-

do fué una prueba para hacerte reaccionar. Yo vine a ti porque me ligaba un instante de amor...

—No es posible... Delirio... Enfermo...—gimió, aturdido y confuso aún, avergonzado de sí.

Entonces aquel sér, iluminándose con destellos de caridad, cuyo refulgente color no tiene el lenguaje humano palabras para definirlo, tomándole con ternura, lo alzó del suelo, exclamando:

—Hermano, somos ya dos espíritus libertos; ven conmigo, yo te explicaré...

* * *

Como en las comedias que en el mundo vemos, cae lentamente el telón.

Así debe ser. Piadosamente, discretamente, sabiamente, vela el final.

Deja, como en aquéllas, al espectador en amplitud para suponer lo que pasa o debe pasar.

Así estudia y aprende.

Cada uno, con su libre albedrío, pondrá un final a cada cosa, pero siempre le es reservada a Dios la verdad de lo que deba ocurrir.

Así serán mis cuentos. Hijos de mi fantasía. Quién sabe si alimentados por la intuición.

He de decirte cosas que si no son, pudieran ser.

Sin embargo, respetuoso, sabré hacer alto allá donde mi razón me indique que le está prohibido al hombre rebasar.

ANTONIO PALMERO FERNÁNDEZ.

RAHAB, LA RAMERA

(Reflexiones de un psicólogo)

En el libro de Josué aparece la silueta de esta mujer, tan distanciada de nosotros por una masa considerable de tiempo. Veo en ella la confirmación completa de la teoría del psicólogo danés Hoffdin, cuando escribió que "la conciencia es un acto de intensidades muy variadas", y me detengo a estudiarla.

Esta era un ser de mal. Sin embargo, tuvo en su historia un rasgo de bondad que la enaltece ante la posteridad, y muy digno de

que yo lo analice con todo el cuidado posible, para admirarlo y hacérselo admirar a mi lector. En el espíritu más depravado, buscando bien, no es raro encontrar destellos de virtud, ahogados entre la escoria de sus vicios.

Josué, antes de asaltar a Jericó, tenía necesidad de conocer los recursos defensivos de esta ciudad y el estado moral de sus habitantes, que tanto influyó en la resistencia opuesta al sitiador. En efecto; de que los sitiados

estén animosos, valientes, llenos de heroísmo, contando con la eficacia de su defensa, a que se hallen apocados, pusilánimes y dispuestos a capitular, para el caudillo asaltante hay una distancia inmensa.

Entendiéndolo así, Josué envió a dos espías, diciéndoles: "Andad, reconoced la tierra y a Jericó." (Josué, cap. 2, ver. 1.)

No era tarea fácil la de estos dos hombres. Tenían que entrar en la ciudad; meterse, como quien dice, en la boca del lobo; fijarse en todos los detalles posibles, para comunicárselos a Josué; y esto, sin ser advertidos por los habitantes, quienes les habrían dado muerte en el acto mismo de descubrirlos.

La casa de Rahab estaba construída en el mismo muro de la ciudad de Jericó, y aprovechando esta circunstancia, entraron y posaron allí. (Josué, cap. 2, ver. 1.)

Este fué un valor temerario. Hay que considerar cuán crueles eran los antiguos con sus enemigos. De qué manera trataban a los espías cogidos "in fraganti". No sentían por ellos compasión ninguna. Lo de menos, en estos casos, era la muerte. Lo de más, la tortura.

Aun en nuestros tiempos, en la pasada guerra europea (1914-1918), numerosos espías fueron fusilados. Sin que les valiera pertenecer al sexo débil. Testigo: la bailarina Mata-Hari.

Luego el temor de estos hombres, era muy justificado. Y sobreponerse a él y neutralizarle por la obediencia a su superior, un acto de heroísmo verdadero.

Pero no hay que olvidar que los sitiados tienen los ojos de Argos. El afán de conservar el secreto de sus operaciones, de cuyo éxito depende su vida, les obliga a extremar su vigilancia. Así, aunque los espías procedieron con mucha cautela, su presencia en casa de Rahab fué advertida y llegó a oídos del rey de Jericó.

Este, entonces, envió a Rahab la siguiente orden: "Saca fuera a los hombres que han venido a ti." (Josué, cap. 2, ver. 3.)

Esto representaba la fuerza, el imperativo mandato de un jefe, Y contra ella, está en el mundo interior de las almas la astucia. A ella apeló Rahab, con verdadero éxito. Además, ella no amaba a aquella población, que había visto su vilipendio, y en la que vivía despreciada. No sabemos la historia de su corazón. Pero los hechos demuestran que quiso vengarse, y lo consiguió.

Entonces contestó a los mensajeros del rey:

"Es cierto que vinieron a mí unos hombres. Pero no supe su nombre, ni de dónde eran. Sólo estuvieron aquí un momento. Seguidlos de prisa, que los alcanzaréis." (Josué, capítulo 2, ver. 5.)

¿Cómo se embota la fuerza cuando lucha contra la Inteligencia, que es la verdadera dominadora del mundo! Ya lo dijo Salomón, en su libro de Los Proverbios: "Yo soy la Inteligencia; *mía es la fortaleza.*" Y Víctor Hugo, el hombre de las frases sublimes, escribió: "Lo que mueve y arrastra al mundo, no son las locomotoras: *son las ideas.*" Y nuestro gran Castelar: "La idea es el único elemento capaz de dominar y vencer a la fuerza."

Luego el rey de Jericó y sus esbirros, quedaron burlados por una débil mujer, perteneciente a la clase más infima.

Entre tanto que se verificaba este diálogo, los dos espías estaban escondidos en el terrado, entre tascos de lino. (Josué, capítulo 2, versículo 6.)

¿Cómo estarían sus almas? Es de creer, pensando lógicamente, que poseídas de una angustia indecible. ¿Qué haría Rahab? ¿Les descubriría a sus enemigos o no? ¿Les entregaría o les salvaría? ¿Qué motivos tenía para salvarles, cuando apenas les conocía? ¿Sabría resistir a la intimación del rey? ¿Volverían sanos y salvos al campo israelita? ¿Cómo y por dónde? Estas ideas atravesaron sus espíritus con una rapidez extraordinaria, como ocurre siempre que nos domina una emoción profunda. Luego este fué uno de esos "minutos-siglos", que tanto abundan en esta mísera vida de larva o intracarnal.

Idos los mensajeros del rey de Jericó, subió Rahab al terrado; descubrió a los espantados espías; les declaró el pánico de que estaban poseídos los habitantes, porque sabían que el Dios de los hebreos era el verdadero y habían oído los prodigios que hizo a su favor en el desierto (paso en seco del mar Rojo; castigo de Faraón y su ejército; maná; victoria sobre los reyes de los Amorreos; Sehón y Og) (Josué, cap. 2, ver. 10), y terminó diciéndoles: "Bien veis cómo yo he hecho misericordia con vosotros. Así os pido que, cuando entréis en Jericó, salvaréis la vida a mi padre, madre, hermanos y hermanas, y a todo lo que es suyo respetaréis." (Josué, cap. 2, ver. 13.)

Ellos la dieron las gracias, emocionados, y se lo prometieron así, a condición de que el día del asalto Rahab reuniese en su casa a

toda su familia y pusiese un cordón de grana en su ventana.

"Ahora, continuó Rahab, huid al monte. Estad allí tres días, hasta que hayan regresado los que os persiguen, y después os reuniréis con los vuestros." Y uniendo la acción a la palabra, los descolgó por una ventana que daba sobre el muro. (Josué, cap. 2, ver. 15.)

Vemos aquí a Rahab proceder como un ser caritativo, como una madre, con estos hombres. Su vida de vilipendio no había apagado su sentimiento. Era mucho peor, si vale la frase, su corteza que su fondo. Luego todo ser puede regenerarse, por imperfecto que sea, cuando de veras lo quiere. Su alma es perfectible "en todo momento", y se perfeccionará con el auxilio del amor y de la ciencia. La puerta del progreso está abierta de par en par, por Dios, para todos. ¿Qué es preciso? Voluntad, perseverancia y fe. Ejemplos demostrativos: Rahab, María Magdalena y Dimas, llamado el buen ladrón.

Aquí veo prácticamente cómo la misericordia es una caridad transcendida, sublimada. No porque un ser tenga mala fama, porque haya cometido tales o cuales delitos, vayamos a creer que ya no tiene redención. Eso es un error que sólo pueden sostener los materialistas, y que está en contradicción con los hechos.

Lo que hay que hacer es reeducarle moralmente. Demostrarle, con la Historia en la mano, el principio de interdependencia de los hechos, que nos enseña que quien es malo, lo es *contra sí*. En efecto; lo mismo en Agricultura, que en Moral, *se recoge lo que se siembra*. Ya dijo San Pablo: "No os engaños. Dios no puede ser burlado. Porque todo lo que el hombre sembrare, eso mismo segará."

Cuando los espías israelitas huyeron al monte, Rahab ató un cordón de grana a la ventana, por la que descendieron. (Josué, capítulo 2, versículo 21.)

Por esta señal fué reconocida su casa, cuando Josué entró en Jericó a sangre y fuego. Los mismos hombres a quienes salvó fueron los que la sacaron a ella y a su familia a lugar seguro, e impidieron que su hacienda, en aquella hecatombe, sufriera el daño más leve.

Se ve que el bien es fecundo. Es un agente de armonía en las relaciones interpsíquicas, que, encadenándose, forman el progreso indefinido del alma. Crea agradecidos, quienes sólo desean devolver el favor que recibieron. Es lo más sencillo, lo más lógico, lo más natural, lo más práctico, lo más dulce y *lo más cómodo*.

DR. ABDÓN SÁNCHEZ-HERRERO.

DON PRIMITIVO FAJARDO

El Centro Platón se ha visto favorecido recientemente con la visita del Presidente del Centro Kardeciano, de Alicante, nuestro querido hermano D. Primitivo Fajardo.

Une el Sr. Fajardo a un altruismo ejemplar, su acendrado amor al ideal espírita y su fe inquebrantable en el mañana venturoso que ha de cambiar los egoístas métodos de la humanidad estableciendo esa hermandad generosa y sublime que Jesús predicó y por cuya consecución dió su sangre generosa.

La espontánea actuación de nuestro hermano debiera servir de ejemplo a muchos espiritistas de nombre, que, encerrados en su torre de marfil o sometidos, a lo sumo, a sus grupos familiares, no hacen nada por el ideal, pues ya que el progreso permite la libre exposición de nuestras ideas, todo el que se llame espiritista y se vanaglorie de serlo, debe pro-

ducir para los demás y formar en el frente único que puede darnos la sensación de nuestra fuerza.

Don Primitivo Fajardo, mientras otros titulados espiritistas procuran pasar inadvertidos, él tiene el Centro Kardeciano en su propia casa, y a aquellos hermanos de Levante facilita los generosos auxilios de su fe, y sin ninguna clase de preocupaciones somete su facultad medianímica al estudio y observación de los demás.

En el Centro Platón ha trabajado en calidad de medium en cinco sesiones, saturando de entusiasmo a nuestros hermanos, que han podido apreciar en el hermano Fajardo condiciones envidiables de mediumnidad y la seguridad absoluta de que los fenómenos desarrollados han reunido todas las condiciones

de sinceridad que proclaman nuestros más esclarecidos autores.

Para satisfacción de nuestros amables lectores, transcribimos la sesión que presenciarnos el día 23 del actual, toda ella desarrollada por el Sr. Fajardo en completo estado de hipnosis.

Fajardo.—Sea hoy nuestro campo de investigación "la tierra", y me induce a desarrollar tal tema, el ver cierto malestar, cierta protesta de algunos que en ella están y que desean dejarla.

Y pregunto: ¿por qué esa protesta? ¿Es que acaso conocen lo que existe después de lo que llamamos muerte? Y si lo conocéis, ¿es que sabéis algo del sitio que apetecéis?

Yo, que de la Tierra me considero, porque de ella vine; yo, que miro la Tierra con gusto, porque con ella recuerdo todos mis amores; yo, que veo ahí el punto de mi regeneración, que en la Tierra sentí el amar, el aborrecer, si queréis, como escuela de mis faltas; yo, que recuerdo mi vida de ayer, que ahí crecí y encontré medios para llegar donde estoy, no hago más que dar gracias al Padre por haberme concedido volver a continuar la purificación de mi pasado, y no puedo permitir que nadie esté en ella sin amor ni alegría.

Si fuéramos trasladados a un plano inferior al nuestro, no estaríamos conformes. Si se nos enviase a un mundo superior, ¿qué diríamos? No comprenderíamos lo que allí sucede y lo creeríamos todo erróneamente. No tenemos más remedio que volver aquí a ejecutar nuestro progreso. Cuando el ser está en la Tierra, aspira a más, quiere más, porque más puede sentir y querer.

El progreso es lógico, como es lógico también el deseo de despertar sentimientos dormidos del alma para realizar lo que ayer se dejó por hacer.

Todos deben estar a gusto en la Tierra, porque todos pidieron bajar a ella. Todos lo creyeron conveniente, y si ése es el deseo de los encarnados, ¿por qué cuando en ella están no aceptan con gusto todas sus pruebas, llámense vicisitudes?

Falta de conocimiento de lo que es el ser, y que nadie está ahí solo. Todos estáis en la Tierra unidos, identificados con vuestros seres queridos del espacio que os estimulan y os aguardan. A sus seres protectores que no olvidan jamás.

Tengo precisión de convencer a todos de que nuestra actuación, el estado de nuestra

conciencia, las penas que nos invaden, las alegrías que nos asaltan, son nuestra propia obra; ocupamos el sitio elegido, y conscientes de nuestro deber y de que Dios no nos olvida, ¿cómo hemos de querer salir de la Tierra, si en ella tenemos medios para realizar nuestro progreso?

Todos los seres tienen libre albedrío y un campo de acción donde ejecutar sus iniciativas, sus vehemencias, sus deseos.

El círculo de hierro de nuestras obras se ensancha cuando más etéreos sean los actos de nuestro yo.

Si nuestras fuerzas se agotan en el mal obrar, no busquemos fuerzas benéficas que nos rediman, estaremos con ellas el tiempo preciso, hasta que nuestro deseo llame a nuestra evolución por el bien.

El alma empieza su faena pura, limpia; pero se distrae en el camino y toma derroteros donde mancha su periespíritu de impurezas que ha de lavar para llegar a su excelso final.

Este era mi deseo, inculcaros la necesidad de vivir, como principio útil y necesario para desarrollar nuestra actividad, que es el campo apropiado para el progreso humano.

El presidente, Sr. Tebar.—¿Podías decirme cuál es, según tú, la norma del bien obrar?

Ser.—Jesús lo dijo: "Lo que no quieras para ti, ni lo quieras para nadie".

Palmero.—Yo opino que la dotación del planeta Tierra no pasará a un plano superior hasta que la inmensa mayoría de sus habitantes no se encuentren en condiciones de tal evolución. ¿Qué opinas tú sobre este punto?

Ser.—Ya he contestado afirmativamente a ese punto al hablar del progreso de la Tierra. ¿Que acaso todos los que en la Tierra están disfrutaban el mismo ambiente de progreso? Hay seres que ni conocen el progreso, ni la familia, ni la virtud ni el amor.

En la Tierra no hay más que un parentesco fijo, invariable: el de hermano. Cuando se sepa ser hermano de todos, se comprenderán todos los amores que Dios creó sobre la tierra; todos los parentescos, todas las afinidades no son más que medios que Dios pone a nuestro alcance para cambiar los odios de ayer en nuestros amores de hoy.

Con gusto siempre, todo ser del espacio se pone en contacto con sus hermanos de la Tierra, porque con el decir, ninguno olvidamos lo que debemos tener presente.

María.—Queda reflexiva, y de pronto asustadísima exclama: Dios mío, ¿qué es esto?

El sér posesionado de Arturo.—Eso es la verdad que llega.

María.—¡Horror! Dios mío, ¿mas es verdad?

Arturo.—Verdad, verdad. Toda tu petulancia, toda tu grandeza, la acabas de ver; no es más que eso. Llama a tus lacayos para que se inclinen a tu paso; llama a tus aduladores, a los que viciaron tu vanidad para su medro; no vendrán. ¿Dónde están tus obras. Esta es la verdad, que llega para abrirte las puertas de la felicidad.

Concluida tu vida, ¿esa vanidad tuya, esa grandeza ficticia, qué eran, hermano?

Tus joyas, rapadas por los lobos que te adulaban. Tus palacios, ¿para qué te sirven? Busca aquellos perfumes, que no llegan a ti. Busca las piedras preciosas que infelices arrancaban a costa de su vida, para que tú las lucieras sobre ese cieno.

Las únicas joyas preciosas que existen son las virtudes, que tú no quisiste poseer.

María.—¡Perdón, Dios mío! Yo, que fui tan malo sobre la tierra, ¿seré perdonado?

Arturo.—Sí.

María.—Ya sé, hermano, que mi expiación será grande, y pido a Dios fuerzas para sobrellevar mi cruz.

Arturo.—Tú, que antes pisoteabas las cruces que llevaban en hombros hermanos más dignos que tú... Fastuosidad, grandeza, todo lo fuerte y pomposo de la vida, reducido a nada...

Creías, pobre hermano, que se te iba a olvidar del libro de oro de la historia... que ni es libro... ni es oro. Tu nombre en la historia está grabado y temías que la verdad lo borrara, por eso te he contestado que hay caridad para todos.

Palmero a María.—Hermano, ¿cómo es tu nombre?

Arturo.—Cuando hasta vosotros llegan los espíritus, no preguntéis cómo se llaman; hacer crítica de su actuación sin buscar la personalidad, pues no es caritativo obligar a los espíritus a confesar sus yerros.

María (arrodillada).—Dios os pague el bien que me habéis hecho sacándome de mi espantosa turbación. Adiós.

La médium Blasa, en trance, dice que escucha y le gusta mucho como habla ese señor.

Arturo en trance.—¿A qué llamas tú señor? No hay más señor que Dios.

El mismo espíritu dirigiéndose a los tratadores.—En el caso anterior brilló la inteligencia unida al esplendor; aquí, este pobre sér, viene de abajo buscando ideas. (Se dirige al espíritu posesionado de la médium Blasa.) Oye, ¿cuál es la casa más alta de tu pueblo, la que antes se divisa de lejos?

Blasa.—La torre de la iglesia.

...—¿Te gustaban los días tranquilos?

Blasa.—Sí.

...—¿Quién te parece a ti que hacía brillar al Sol?

Blasa.—La Naturaleza.

...—¿Y qué es eso?

Blasa.—Cosas de Dios.

...—¿Luego Dios, encendía los soles para tu progreso?

Blasa.—Sí.

...—¿Y tú qué le dabas a ese Dios?

Blasa.—Nada y a veces faltarle.

Arturo.—Calla... Si sabes que existe, víbora, ¿por qué le echas veneno si te calienta? Es horrible tu pecado, grano de arena; encárate con el cielo, y pide mil veces perdón por cada una que le negaste. (La médium Blasa cae de hinojos.) Ya tu arada tierra no aumentará tu sordidez. Ya tus dineros escondidos, no te servirán para nada. Ya el maíz que dejaste en el sobrado beneficia a otro amo.

Ya sólo necesitas a ese Dios que negabas, que manchabas con tu baba inmunda. Lloro, llora, que aunque lloren todos los médiums del mundo, no limpiarán la baba que le echaste. (La médium llora.)

Lloro, llora, pero ama; que el que hizo los soles te espera para decirte cómo eres.

Blasa.—Perdón...

Arturo.—Ya comenzó la caridad, ya sabes que eres espíritu y te das cuenta de tus faltas; pide perdón, que ese es tu trabajo. Tapar bocas de infierno.

Hermanos.—Se os han presentado fenómenos de atracción; empezad a distinguir y a estudiar.

Los periódicos, siendo la palanca que sostiene la fe y que estimula el entusiasmo, viven precariamente por apatía de los que sólo con llamarse espiritistas creen haber cumplido con su deber.

PLUS ULTRA tiene mantenedores entusiastas que sabrán sostenerlo por cima de todo.

FEDERACION ESPIRITA ESPAÑOLA

(Diputación, 95, principal, Barcelona.)

Agrupación de Centros, entidades y personas espiritistas, para el estudio, divulgación y defensa del Espiritismo.

La Federación cuenta con una Comisión de Estudios para informe y comprobación de hechos, para dar consejo o ayuda, o plan de estudios a los profanos que lo necesiten, resolver consultas sobre fenomenología, etc., etc.

La Comisión de propaganda tiene a disposición de federados y simpatizantes hojas de divulgación y material adecuado para la misma.

Para detalles, estudios, demandas de ingreso, etc., puede acudir al secretario general, Avenida Once de Noviembre, 81, Sabadell, o pedirle direcciones para entenderse directamente con vocales o delegados de la Federación establecidos en diversas localidades.

Artículo 13 del Código de la F. E. E.

Art. 13. Para discernir, propagar y defender a la doctrina, la Federación Espirita Española se ajustará a la siguiente disciplina:

a) Proclamar el libre examen en toda su amplitud, entendiendo que las cosas que no fueren de razón para cada uno, tampoco pueden serlo de obligación ni de devoción;

b) No dogmatizar en nada, y aceptar toda verdad hecha evidente, venga de donde viniere, para evolucionar con ella;

c) Honrar el principio de que el Espiritismo no ha de llenar su misión cultivando censuras, ni críticas, ni violencias de palabra o de obra, sino sembrando soluciones racionales, afirmaciones o convencimientos, dentro de lo que se dispute mejor;

d) Respetar en absoluto las ideas de los demás, dejando a cada cual la responsabilidad de sus creencias; pero sin que esto impida ni excluya la comparación serena o el comentario desapasionado de cualesquiera principios, para refutarlos, poner enmienda a lo que se estime equivocado, o discernir sobre la posición que racionalmente deba adoptarse respecto de ellos.

e) Hacer honor en todos los casos a este lema: "Hacia lo superior por el amor y por el estudio."

BIBLIOTECA ESPIRITISTA

Obras de venta en el Centro Platón.

"La Ciencia Espirita", por D. Manuel Sanz Benito. Precio, dos pesetas.

"La Psiquis", del mismo autor. Precio, cuatro pesetas.

Fotografías de Allán Kardec, Amalia Domingo Soler, Marieta, Estrella, Isabel la Católica, William Crookes, con el espíritu de Katty-King, y último retrato de la famosa médium Eusapia Paladino. Precio, 50 céntimos cada fotografía.

El importe que se recaude de las fotografías ha sido dedicado por sus autores al fondo de Beneficencia del Centro Platón.

"Nuestra vida extra-carnal", por el Doctor D. Abdón Sánchez Herrero. Precio, seis pesetas.

(Los envíos a provincias serán gravados con 50 céntimos para gastos de certificado.)

A NUESTROS SUSCRIPTORES

Rogamos a los queridos hermanos que se encuentran en descubierto con la suscripción del periódico, giren fondos a la mayor brevedad, evitándonos la pena de suspenderles el envío de la Revista.

Estas demoras nos causan verdaderos perjuicios, porque, siendo nuestro periódico de matiz ideológico, sólo entre espiritistas hemos de sobrellevar el mucho gasto que la difusión de la doctrina nos impone.

Sociedad
de
Estudios Psicológicos

— — — — —
"CENTRO PLATÓN"

Barco, 32, bajo.

MADRID

CUOTA MENSUAL:

Asociados varones. 3,50 pesetas.

Señoras 2,50 »

En esta cuota está comprendida la suscripción a la Revista.

BOLETÍN DE SUSCRIPCIÓN

D. con residencia en
..... calle núm. piso se suscribe
a la Revista *PLUS ULTRA* por (1).

Firma del suscriptor,

NOTA.—Remítase este Boletín a la «Sociedad de Estudios Psicológicos», Barco, 32, bajo, enviando por Giro Postal, o en sellos de correos, el importe de la suscripción, que es: trimestre 1,50, y año, 5 pesetas.

(1) Trimestre o año.